

843
B.

PQ2193
B7
R48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONCO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

REINA DE HERMOSURA

PRIMERA PARTE

LOS MILLONES DE LA PRINCESA

I

—El príncipe Orsiloff pregunta si el señor barón tiene á bien recibirle.

—¡El príncipe Orsiloff! ¿No confunde usted el nombre?

—No, señor barón; he oído perfectamente.

—Bueno. Que pase.

Después de transcurridos algunos segundos, el ayuda de cámara del barón Carlos de Merieux introdujo en la estancia á un caballero de unos cuarenta años, de aspecto distinguido y de elevada estatura.

Entró contestando con un ligero movimiento de cabeza al saludo del señor de Merieux, se sentó en la butaca que le fué ofrecida y dijo, fijando sobre el barón su mirada algo dura:

—Es probable, caballero, que no tenga el honor de que usted me conozca.

—Dispense usted, príncipe; conozco á usted mucho... de nombre, de vista y de oídas, como la mayor parte de los parisienses de nuestra clase.

—Pues yo tengo el honor de conocer á usted mucho mejor, caballero. Conozco á usted en todos sentidos, física, intelectual y moralmente.

—¡De veras!

—De veras, y se lo probaré si tiene usted la bondad de permitírmelo.

—No tengo ningún inconveniente, si de ese modo puedo complacer á usted. Dire más: no habiendo tenido nunca ni bastante tiempo ni bastante capricho para estudiarme á mí mismo, me conozco muy poco; de modo que celebraré infinito encontrar alguien que me entere respecto á mi propia persona y se entretenga en hacer mi biografía.

—Entonces ¿puedo empezar?

—Se lo suplico.

—¿Está bien cerrada esta sala? Nadie puede oirme, ¿no es cierto?

El barón de Merieux se levantó, fué á inspeccionar una tras otra las dos puertas de la sala, se cercióró de que estaban herméticamente cerradas detrás de los portiers, y volviendo hacia el príncipe Orsiloff dijo:

—Puede usted hablar con entera libertad, sin temor alguno de que puedan oírle.

Acercó su asiento al de su interlocutor para que pudiera, por exceso de prudencia, hablar en voz baja, y después, con gran curiosidad, tal vez con ligera inquietud, pero afectando completa tranquilidad, se dispuso á escuchar con la mayor atención.

—Caballero—dijo con voz clara y breve,—acaba usted de cumplir los treinta años, y á su edad, en la sociedad de París, en que tantas gentes procuran en vano que se hable de ellas, ha conseguido usted un puesto de preferencia.

El barón de Merieux se sonrió fríamente, pero no contestó.

—Y con mucha justicia—continuó el príncipe.—Ha gastado usted completa y ruidosamente varias fortunas; primero, la de su padre, cumplido caballero que, para daros lo superfluo, se había privado de lo necesario; luego la de su madre de usted, que murió poco después que el barón de Merieux, y por fin la de una tía que se quedó solterona para poder dejarle todo su capital. Esas varias herencias representaban próximamente unos doscientos mil francos de renta... Ya ve usted que sé contar y que relaté con la mayor fidelidad.

—Es muy cierto, caballero. Así es que escucho religiosamente.

—Pero—continuó el príncipe—no ha adquirido usted su fama por sus gastos y su lujo. La debe usted también á ciertas cualidades personales que le colocan en primera fila. Sus colegas de club le tienen por un jugador atrevido, por un jinete notable, por un tirador de primer orden, así como también por un amigo servicial, alegre y ardiente para los placeres. Las mujeres, hablo de aquellas que no temen comprometerse y que pueden decir lo que piensan, hacen de usted los elogios más cumplidos. No sólo alaban su generosidad y su buen proceder, sino que proclaman también, y le ruego

me dispense si ofendo su modestia, que es usted el amante más perfecto y más completo que pueda apetecer una mujer.

El barón de Merieux se creyó de nuevo en el caso de sonreír, sin protestar de ninguna otra manera.

Sin hacer caso de esa sonrisa, seco y frío como un historiador que se concreta á citar hechos sin juzgarlos, que cuenta sin que se advierta entusiasmo alguno en su relato, el príncipe Orsiloff prosiguió:

—Los recuerdos que ha dejado usted á algunas de sus queridas han sido tan vivos, que le lloran aún. Hasta se dice que cierta señorita, demasiado enamorada, renunciando á ver volver los hermosos días ó las hermosas noches que usted se había dignado consagrarle, se ha suicidado hace muy poco.

—Caballero—interrumpió el barón de Merieux, sin que, por lo demás, su voz manifestase la menor emoción,—ese recuerdo es doloroso para mí. Agradeceré á usted que no insista.

—No tengo esa intención. He querido sólo, para que mi relato fuera completo, citar ese hecho que, por lo demás, es conocido en todo París... Lo he citado y continúo... Además de ser muy apreciado en la sociedad ligera, en la sociedad de los amores fáciles, también es usted conocido en la alta sociedad. Una gran señora, con muchos títulos, muy conocida y muy hermosa, abandonó el año pasado á su marido, á su familia y á sus amigos para ir á recorrer Italia con usted durante seis meses. A su regreso, á pesar de haber perdido su reputación y de hallarse abandonada y aislada por completo, no ha dejado de decir á una

amiga suya, que se ha apresurado á repetirlo: «No me arrepiento lo más mínimo... Por seis meses de felicidad como los que me ha hecho pasar, se puede muy bien perder reputación, familia, amigos, todo... Lo único que siento es él.»

El barón se creyó en el caso de tener que decir:

—¡Qué enterado está usted!

—Mucho más de lo que usted supone. Hasta ahora sólo he referido hechos conocidos y, por decirlo así, históricos. Pero varias señoras, de las que usted ha amado y abandonado después, felices de poder revivir un momento en el recuerdo del pasado, me han favorecido con algunas confidencias íntimas...

—¡Ah! ¡de veras! Veamos.

—Parece ser que, en amor, es usted un mágico delicioso, con palabra persuasiva, con voz acariciadora y animada. Se hace usted escuchar y converge. Se cree en sus promesas, en todas... y con razón, pues da usted mucho más de lo que promete. No sólo es usted generoso, sino pródigo... Posee usted á fondo el arte de amar y todos los secretos que agradan á las mujeres de imaginación... Consigue usted también, según se dice, sacar de su letargo á las que son frías ó están adormecidas... «Es capaz de despertar á una muerta,» decía últimamente, al hablar de usted, una joven y linda actriz del Vaudeville.

—Tanto ella como usted exageran, príncipe—dijo el barón de Merieux atusándose el bigote.

—No, caballero: no me entretengo en hacer el elogio de usted sólo por el gusto de hacerlo. Digo la verdad no más, porque tengo mis motivos para decirla.

—¿Qué motivos?

—Concédamme usted algunos segundos más.

Se detuvo, sacó de una elegante petaca un cigarrillo ruso, lo encendió y repuso con el mismo tono glacial:

—Pero si su gloria de usted ha ido en aumento, su fortuna ha disminuído mucho... ha disminuído tanto, que ya no queda absolutamente nada. No lo niegue usted... No proteste usted, sería inútil. Sé á qué atenerme, con diferencia de algunos luises. El hotel en que estamos y que heredó usted de su tía, está hipotecado por mucho más de su valor. Las antiguas rentas, que consistían en papel del Estado y en acciones de todas clases, desaparecieron hace ya mucho tiempo. Además, se ve usted perseguido por más de sesenta mil francos en pagarés suscritos á varias personas. El resultado de varias demandas judiciales le ha sido notificado á usted ya, y si dentro de quince días ó tres semanas á lo sumo no habéis pagado, los muebles, las curiosidades y los objetos de arte que nos rodean irán á parar al Hotel de Ventas... Sus proveedores de usted le molestan y le crean una situación inaguantable... Anteayer ha perdido usted en el Círculo treinta mil francos, que no ha pagado usted aún, y si se le ocurriese á su acreedor quejarse, tendría usted el sentimiento de verse expuesto en la tablilla. La situación está tan tirante, tan completa la ruina, que, á pesar de su carácter algo ligero, permítame usted que lo diga, hay momentos en que está usted sumamente triste... Otro se diría: «Soy joven aún: con salud sorprendente, con resistencia á toda prue-

ba, bienquisto de todo el mundo, querido hasta la locura por infinidad de mujeres, que de buen grado me protegerían, quiero rehacer mi fortuna y llegar á ser mucho más rico que lo que he sido.» Pero no se lo dice usted, pues para conseguirlo tendría que trabajar, y le falta por completo el amor al trabajo. Hasta hoy sólo ha vivido usted para amar algunas veces, y otras, la mayor parte, para dejaros amar. No conoce usted otra ocupación, ni desea otra... El trabajo no le conviene á usted; por lo tanto, para reconstituir su fortuna, para pagar sus deudas y para vivir á sus anchas como hasta ahora, hay que contar con otra cosa.

—¿Con qué?

—Con una combinación que nos permitiera repartirnos entre los dos la modesta cantidad de cincuenta millones.

—¡Cincuenta millones!

—Sí, he dicho cincuenta millones. Lo cual da veinticinco millones para cada uno.

II

El barón de Merieux había escuchado hasta entonces al príncipe Orsiloff con más sorpresa y más curiosidad que interés. Le extrañaba verle tan enterado de lo que le concernía y se preguntaba qué objeto tenía aquel extranjero, aquel gran señor ruso, para haberse tomado la molestia de estudiarlo tan á fondo. Pero las palabras *cincuenta millones que repartir*, pronunciadas por un hombre que tenía fama de formal, excitaban en alto grado su interés.

Sin embargo, dueño de sí y tan frío como su interlocutor, al cabo de algunos segundos se contentó con decir:

—Veamos, príncipe, la combinación de que habláis, la de los cincuenta millones.

—Voy á decírsela—replicó el príncipe Orsiloff;—pero antes permítame usted que le pregunte si le ha ocurrido alguna vez acordarse de un buen matrimonio como medio de rehacer su fortuna.

—Sí, lo confieso, me ha ocurrido.

—¿Ha buscado usted?

—Tal vez.

—¿Y no ha encontrado...?

—No, puesto que estoy aún soltero.

—Consiste en que se ha dirigido usted mal.

—¿Usted lo cree?

—Sí. Sus pesquisas se han dirigido hacia las jóvenes casaderas.

—¿Y qué?

—Pues... que una joven, permítame usted que se lo diga, no tiene suficientes motivos para casarse con usted... No le conoce. Es verdad que usted es buen mozo, pero no tiene usted nada de extraordinario... A primera vista no se extasían ante usted. No hiera usted la imaginación... En cuanto á su fama, no trasciende hasta las jóvenes, las jóvenes bien educadas, se entiende. Su inocencia las impediría poderla apreciar... Después del casamiento, no digo. Es probable que su mujer de usted llegara á quererle hasta la locura. Pero antes, mientras hace usted el amor, debe usted parecerse á los demás pretendientes... Por tanto, no debe usted dirigirse á las jóvenes, sino á las viudas.

—Una viuda—repuso el barón de Merieux—no podría conocerme mucho mejor, suponiendo que yo gane al ser conocido.

—Dispense usted. Una viuda, por efecto de su experiencia, os adivinará... Y además, puede usted muy bien darse á conocer y hacerse apreciar y obligarla luego poco á poco á solicitar el matrimonio, para estar segura de no perderle.

Se levantó, dió dos pasos y, volviendo la espalda á la chimenea, con los codos apoyados en el mármol, frente por frente del barón de Merieux, le dijo mirándole:

—¿Conoce usted á una compatriota mía, la princesa Sofía Lavisine?

—Sí, de vista, de nombre, de oídas, como tenía el honor de conocer á usted hasta hace poco. La he visto á veces en el Bosque, en la Opera y en algunas fiestas.

—¿Qué le parece á usted?

—Me parece... fea.

—Y sin embargo, su cabeza tiene carácter. Tiene hermosos ojos que, desde el fondo de sus órbitas profundas, lanzan fulgores magnéticos.

—Convenido. Pero la nariz, bastante irregular, demasiado grande, más ancha de lo que conviene, atrae la mirada é impide admirar las perfecciones de su rostro.

—La boca es lindísima, con sus labios encarnados y sus dienteitos blancos, labios recogidos y dientes de loba, que parecen siempre dispuestos á morder, á devorar á alguien.

—Precisamente... Una boca apetitosa y llena de apetitos.

—En efecto, debe tener muchos.

—Pero, puesto que se trata de matrimonio, ¿á qué viene ahora el retrato de la princesa Sofía Lavisine? Hace ya mucho tiempo que dejó de ser niña, y su marido es demasiado joven para poder esperar que la princesa enviude.

Orsiloff chupó su cigarrillo, soltó una bocanada de humo y dijo indolentemente:

—¡Bah! ¡quién sabe lo que puede suceder! La salud del príncipe Lavisine está, según se dice, bastante quebrantada... Y se comprende, después de diez

años de matrimonio... Diez años pasados al lado de una mujer ardiente como la suya... Además, el príncipe tiene numerosos enemigos, enemigos terribles.

—¡Enemigos! ¿por qué?

—Porque ha hecho una guerra encarnizada á los nihilistas, porque ha protestado abiertamente contra todas las medidas de clemencia y ha aconsejado al czar Alejandro II el mayor rigor. Eso se sabe, y su vida corre peligro... Lo ha comprendido tan perfectamente, que ha venido á refugiarse á Francia... Pero los hombres de quienes se ha declarado enemigo irreconciliable le alcanzarán tarde ó temprano.

Hacia un instante que la voz del príncipe Orsiloff, hasta entonces seca y fría, se había animado; su mirada sorda tenía más brillo bajo sus espesas cejas. El barón de Merieux no reparó en ese cambio; pensaba en los cincuenta millones que tan repentinamente habían presentado á su imaginación; hasta tal punto lo tenía presentes, que no pudo menos de decir:

—Dejemos á los nihilistas y volvamos á nuestro asunto.

—No tenemos que volver á nuestro asunto, puesto que no lo hemos perdido de vista ni un solo momento.

—¿Cómo? ¿Cree usted que?...

—Creo que sí, por casualidad, la princesa Lavisine enviudase, heredaría toda la fortuna de su marido... y esa fortuna asciende á cincuenta millones...

—¡Ah!

—Colocados en Francia, en buenos valores y en fincas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—Pero—dijo el barón de Merieux—la princesa no podría heredar á su marido sino en el caso de no tener hijos.

—No los tiene.

—¿Y si el príncipe no ha hecho testamento?

—Al contrario, lo ha hecho, y á favor de ella, lo cual nada tiene de particular, puesto que ejerce gran influencia sobre él.

El barón de Merieux se levantó también y se plantó á dos pasos delante del príncipe.

—Entonces—dijo,—si no he comprendido mal, lo que ha venido usted á aconsejarme es que procure agradar á la princesa Lavisine, para que pueda casarme con ella, si llega á enviudar.

—Precisamente—dijo el príncipe con mayor frialdad aún.

—Y, en cambio de la idea que me ha traído, quiere usted repartirse conmigo los cincuenta millones que constituyen el dote de la princesa.

—Justamente. Ha comprendido usted perfectamente bien.

El barón de Merieux calló durante algunos segundos. Se hubiera creído que sostenía un combate en su interior: por una parte luchaban los últimos miramientos y un resto de delicadeza que le impedían aceptar la combinación del príncipe, y por otra parte el recuerdo de su desesperada situación y el incentivo de los cincuenta millones. La victoria debió declararse á favor de estos últimos, pues repuso en seguida:

—Es un negocio á larga fecha el que usted me ofrece. Aun suponiendo que tenga éxito, podía transcurrir

un año, y quizá más. El príncipe, á pesar de su aniquilamiento y de sus enemigos los nihilistas, no morirá tal vez tan pronto para complacernos... Y, aunque muriera, habría que dejar transeurrir el plazo legal antes de poder pensar en casarse con su viuda... ¿Cómo arreglarme para vivir hasta entonces, y vivir bien, como lo exigiría mi posición y la circunstancia de ser amante de la princesa? Usted mismo ha hecho constar, y no lo he negado, que yo estaba arruinado, agobiado de deudas y casi perdido.

—Bueno, ¿y qué? ¿no estoy aquí yo?—contestó con la mayor tranquilidad el príncipe, que esperaba sin duda esa objeción.—Se trata de un negocio que puede producirme veinticinco millones. Me parece muy natural que yo adelante algunos fondos á mi asociado, y que éste lo acepte.

—¡Cómo! ¿Usted quiere?...

—Por supuesto... Va usted á hacer, con motivo de este negocio, gastos inútiles tal vez. Va usted á exponerse á que no le amen hasta el punto de aceptarle como marido, y por tanto á quedarse como amante no más de una mujer cuyo esposo se empeña en no morir... Por mi parte debo arriesgar algo también, y me interesa, para que la operación tenga buen resultado, que usted conserve su prestigio de hombre rico, pues, en amor, la pobreza está muy mal mirada. Tendre el mayor gusto, si usted lo permite, en pagar sus deudas más apremiantes y en consignarle anualmente la cantidad que usted crea necesario gastar hasta que se realice el matrimonio.

Al ver que el barón reflexionaba con la cabeza

baja y nada contestaba á su interlocutor, el príncipe Orsiloff añadió:

—Por lo demás, no pretendo que usted se decida en el acto... Piénselo usted: el negocio lo merece... La princesa Lavisine da pasado mañana un baile en su hotel del parque de Monceaux... Si usted quiere que le presente, estoy á su disposición. Pero no lo olvide usted: su presencia en aquel baile querrá decir: Intento el negocio tal como me lo propone usted y acepto sus condiciones... Si me caso, partiré el dote con usted.

De pronto el barón de Merieux levantó la cabeza, miró á su interlocutor y dijo:

—¿Y si, después de haberme casado, no quisiera hacer el reparto?

—Le mataría á usted—dijo el príncipe con frialdad. Después saludó ligeramente y salió.

III

El baile dado por el príncipe y la princesa Lavisine á la colonia rusa y á lo más selecto de París estaba en todo su esplendor á las doce de la noche. Era un magnífico conjunto de lindos rostros, de cabellos rubios y negros, de pechos desnudos, una confusión de trajes maravillosos, un revoltijo de seda, de encajes, de oro, de perlas y de diamantes.

Por todas partes se veía á la princesa: en los salones, en la escalera, en la estufa, sonriendo á uno, saludando á otra, besando en la boca, según costumbre rusa, á una joven compatriota y amiga suya. Era exactamente la mujer descrita en pocas palabras por el príncipe Orsiloff y el barón de Merieux: frente cuadrada, pómulos salientes, ojos ardientes, profundos, labios espesos, nariz achatada. Pero se habían olvidado de admirar la animación, el colorido, la vida esparcida en aquel retrato: la nariz era irregular, pero sus anchas y dilatadas fosas siempre palpitantes prestaban á su fisonomía singular animación y una expresión original en extremo; los ojos brillaban con tanta mayor viveza, cuanto más hundidos estaban en sus órbitas; con respecto á los labios, por el mero hecho de ser gruesos, eran excesivamente voluptuosos. Aquella cabeza descansaba sobre un cuerpo fuerte y gracioso á la par, que, bien repartido, no impedía el juego de los músculos, en que la sangre circulaba libremente sin tropiezos ni detención. Las caderas muy desarrolladas, el tallo lleno y flexible, los hombros anchos, el pecho opulento y sin embargo firme, la nuca poderosa, atravesada por una raya negra de pelos pequeños y ligeros; en una palabra, un hermoso cuerpo de bacante.

¿Apreciaba su marido esas cualidades en todo su valor? Era de suponer, porque cuando, al recorrer los salones para ayudarla á recibir á sus convidados, se encontraba con ella, su cuerpo inclinado se levantaba, su mirada apagada se animaba, sus labios pálidos sonreían. Pero ella, en vez de pararse y hablarle, desaparecía en seguida por entre la gente. Parecía que no

hallaba en aquellos encuentros casuales tanto placer como él... Y sin embargo, aseguraban que le había querido mucho... demasiado tal vez, con exceso de pasión y de ardor; pero como su marido no estaba ya á la altura de tanto amor, como no podía corresponder activamente, no podía perdonarle que se hubiese detenido en mitad del camino, siendo así que ella se sentía con ardor y fuerzas bastantes para continuarlo.

De pronto, en uno de sus paseos á través de los salones, al pasar del principal al piso bajo, la princesa Lavisine reparó en el príncipe Orsiloff, que estaba de pie en el último peldaño de la escalera, apoyado contra la pared. Con la mirada fija en el vestíbulo, parecía esperar á alguien y esperarle con ansiedad, pues no hacía ningún caso de las personas que pasaban por delante de él ni de los numerosos saludos que se le dirigían. Y sin embargo, aquellos saludos merecían ser contestados, pues procedían, no sólo de sus compatriotas, sino de parisienses de gran posición y de importantes personajes. El príncipe, en efecto, era muy estimado en París, donde sabía ocupar su puesto sin ruido, modestamente y sin perjudicar á nadie, procurando pasar desapercibido. Las gentes se admiraban de la sencillez de su vida y se preguntaban de qué modo se arreglaba para poder gastar la inmensa fortuna que se le conocía. No jugaba ni á la Bolsa ni á las cartas; no tenía querida; su tren de casa era como el de la generalidad. ¿Economizaba? Pero ¿para qué y para quién? No se había casado ni tenía ningún pariente cercano.

La princesa se acercó diciendo:

—¿Qué hace usted ahí, príncipe, incrustado en la pared como una estatua?

—Espero á alguien— contestó.

—¿A quién?

—Al barón de Merieux, á quien usted me ha permitido presentarle.

Las movibles fosas nasales de la princesa se estremecieron ligeramente, pero repuso con voz reposada.

—Es verdad... Lo había olvidado... Por lo visto, no viene.

—No le he visto aún.

—Tal vez no tenga interés en serme presentado.

—¡Puede ser! Pero me extraña. Hubiera apostado á que venía.

—Pues hubiera usted perdido la apuesta. El barón de Merieux, á quien no conozco, pero del cual he oído hablar mucho, está demasiado corrido para perder... la noche en una fiesta como ésta... ¡Por lo que se dice, es hombre afortunado su barón de usted!

—No lo sé.

—Debería usted saberlo: sus aventuras galantes han hecho bastante ruido... Varias mujeres le han querido, á lo que parece, hasta el punto de matarse por él. En estos tiempos es bastante raro, y algunas veces me he preguntado cuáles eran las cualidades que podía tener para que le quisieran hasta... ese extremo.

—Pregúnteselo usted á él mismo, princesa; ahí lo tiene usted.

Al pronunciar esas palabras, sus ojos brillaban y una sonrisa de triunfo iluminaba su rostro.

—Vaya, salga usted á su encuentro y preséntemelo usted. Le espero aquí mismo—dijo la princesa.

Orsiloff obedeció; se acercó á M. de Merieux, que le andaba buscando con la mirada desde que entró en el vestíbulo, y bruscamente, sin saludarle, dijo:

—Venga usted; la princesa le espera.

El barón, muy correctamente vestido, con una flor en el ojal del frac, con el clac bajo el brazo, risuño, pero algo pálido al pensar que iba á jugar su porvenir, se adelantó por entre la gente, conducido por el príncipe.

La presentación se verificó un momento después, y como M. de Merieux, después de haberse inclinado respetuosamente, volvía á levantar la cabeza, su mirada se cruzó con la de la princesa fija en él, sondeándole, si así se puede decir.

No bajó los ojos y siguió mirando con la misma fijeza con que le miraban á él.

—Le parezco á usted fea, ¿no es verdad?—preguntó de pronto la princesa Sofia Lavisine, que, como gran dama, se atrevía á decir cuanto le pasaba por las mientes.

—Fea hasta el punto de asustar—contestó el barón.

—¿Hasta ese punto?

—Sí; hasta ese punto, pues el hombre que amase á usted podría verse en el caso de perder la vida.

—El hombre que me amase... tal vez... pero tendría que empezar por amarme; es lo más difícil... Y nadie piensa en eso.

—¿Qué sabe usted, princesa? El respeto impide quizá que se os hagan confidencias.

—¡El respeto! ¡Bah!—dijo, alzando ligeramente sus hermosos hombros.—¿Baila usted?

—Cuando se me invita sí—contestó el barón sonriendo.

—Ofrezco á usted este vals, cuyo sonido oigo á lo lejos... Deme usted el brazo.

Poco después llegaron á los salones y se confundieron con la oleada de bailarines.

M. de Merieux le había cogido las manos y el talle y la oprimía con fuerza contra sí. La princesa le dejaba, sin intentar sustraerse á aquel enlace.

Giraron al principio despacio, trazando un gran círculo en el salón; después permanecieron en el mismo sitio, sin dejar de girar, pero sobre sí mismos, de prisa, muy de prisa, locamente. Sus pechos se tocaban, sus rodillas se rozaban: él conservaba toda su sangre fría para representar mejor su papel, se volvía insensible para ser más fuerte; ella, con la mirada lánguida, con los nervios excitados, subyugada tal vez por aquella indiferencia, embriagada por la música y por los fuertes perfumes esparcidos en el ambiente por las flores, y pensando vagamente en todos los amores, en todas las conquistas de aquel hombre incansable que continuaba haciéndola dar vueltas, se preguntaba si los éxitos del barón procedían precisamente de aquel vigor frío que la admiraba.

Por fin calló la orquesta; se pararon.

—¿Adónde queréis que os lleve, princesa?—preguntó el barón con voz completamente tranquila.

Pero la princesa no podía contestar. Le faltaba la respiración. Se le iba la cabeza. Por último, se separó

de él bruscamente y fué á reunirse con el príncipe Orsiloff, que, después de haberla visto bailar, la seguía con la vista por todas partes.

Al día siguiente, el barón de Merieux recibía un talón de doscientos mil francos á cobrar en el Banco de Francia. El príncipe Orsiloff, convencido sin duda de que el negocio que había imaginado era excelente, entregaba su primer dividendo pasivo.

IV

Después de haberse defendido durante algún tiempo por decoro propio, viéndose atraída hacia él con gran violencia, se había entregado por completo. Tres meses hacía que duraba su unión. Ella le amaba loca, perdidamente, con todos sus sentidos. El amor que en otro tiempo le había hecho sentir su marido se parecía tan poco á éste, que se preguntaba si había querido á aquél en realidad, si Carlos de Merieux no era verdaderamente su primer amor, del mismo modo que sería el último.

¿Estaba su corazón tan embargado como su cabeza? Quizá, pues latía hasta el punto de romperse cuando el barón llegaba algunos instantes después de

la hora fijada para la cita. Se había jurado frecuentemente hacerse esperar como él, hacerse desear, volverse coqueta. Pero no podía. Tan pronto como entraba, vencida y sumisa ya, le llamaba con la mirada y con los labios.

Se veían diariamente en el hotelito de M. de Merieux, situado muy cerca del Arco de Triunfo y en una calle relativamente desierta. Con el pretexto de que su salud le exigía andar mucho, salía á pie, después del almuerzo, con buen y mal tiempo, vestida lo más sencillamente posible para pasar desapercibida, andando muy de prisa y mirando á cada momento hacia atrás para cerciorarse de que nadie la seguía. Si se le ocurría alguna duda sobre este particular, tomaba un coche de alquiler, daba una dirección cualquiera y, después de una carrera rápida, segura de que nadie se ocupaba de ella, despedía el coche y entraba en casa de M. de Merieux. Salía él mismo á abrir y la llevaba al templo, ó mejor dicho al teatro, para representar con ella la gran escena de amor, que tan bien sabía desempeñar.

La princesa Sofía, vivía muy retirada. No hacía visitas, recibía apenas, y su marido, en cuya compañía pasaba las noches, podía creer que era tan querido como en otros tiempos. No sospechaba éste que, si el cuerpo de la princesa estaba á su lado, su pensamiento y su corazón estaban muy lejos. En realidad ésta continuaba junto á su amante, siendo suya por completo y sólo suya, estremeciéndose con el recuerdo de los placeres gozados y con la esperanza de los del día siguiente.

Con esto era feliz: esa felicidad le bastaba; no podía más. Pero el barón de Merieux no se conformaba. La combinación propuesta por el príncipe Orsiloff, el negocio emprendido no adelantaba, se aplazaba cada vez más sin producir beneficios; los cincuenta millones tardaban mucho en ingresar en la caja social. ¡Si su asociado hubiera venido siquiera de cuándo en cuándo á darle esperanzas y animarle; si le hubiera dicho: «¡Valor, valor! todo va bien, ya se acercan los millones: preparémonos á recibirlos con los brazos abiertos!» Pero, lejos de eso, el príncipe se había vuelto tan invisible como los millones prometidos. Después de haberle hecho otra entrega de fondos, había salido de París repentinamente... Nadie conocía el objeto de su viaje: verdad es que nadie se preocupaba tampoco por su ausencia: sus amigos estaban acostumbrados hacía mucho tiempo á verle desaparecer de repente, misteriosamente.

Entregado á sí mismo, M. de Merieux empezaba á perder las esperanzas. Acostumbrado á variar con frecuencia sus amores, no era posible que permaneciese siendo amante de una mujer furiosamente enamorada, apasionada, exigente. No había adquirido ese compromiso; se prestaba de buen grado á ser amante, pero con la condición de llegar muy en breve á ser marido. ¿No se iba á decidir nunca la princesa á enviudar? ¿No tendría el príncipe la delicadeza de morirse?

El buen señor parecía no pensar en eso. Se creería, por el contrario, que se iba regenerando desde que su mujer se concretaba á no considerarle más que como un amigo, como un compañero. Recuperaba sus

fuerzas, su palidez disminuía, su mirada apagada se animaba, su cuerpo encorvado se enderezaba: experimentaba un rejuvenecimiento. En cuando á los nihilistas, parecían haberle olvidado por completo, y hasta es posible que no se hubieran acordado nunca de él, á pesar de los temores del príncipe Orsiloff.

Tal era la situación exacta de los diferentes personajes de esta historia el 23 de Febrero de 188...

La princesa volvió más tarde que de costumbre aquel día. Se le había pasado el tiempo sin sentir en casa de M. de Merieux y sólo le quedaba el tiempo necesario para vestirse para la comida. Acababan de dar las siete.

—¿Está el príncipe en casa?—preguntó al entrar.

—Sí, señora princesa—le contestó la doncella.

—¿En sus habitaciones ó en el salón?

—En su despacho del piso bajo.

—Bueno, vístame usted pronto. No quiero que tenga que esperar.

Inmediatamente entró en el tocador situado en el piso principal.

No bien hubo entrado, cuando, de pronto, resonó en el hotel una detonación espantosa.

Parecía que iba á derrumbarse.

V

A ese ruido sucedió un gran silencio. Los de la casa, amos y criados, estaban aterrorizados y no tenían valor para gritar ni para abandonar el sitio en que la detonación los había sorprendido. Creían que se iba á repetir y que las paredes iban á hundirse sobre ellos.

Las primeras palabras que se pronunciaron lo fueron por la princesa Sofia, que pedía socorro, llamando á voces á su marido y á sus criados. Salió corriendo de sus habitaciones particulares y llegó hasta la escalera.

Nadie le contestaba, nadie aparecía; por fin, el intendente del príncipe, que habitaba el piso segundo, bajó temblando y se reunió con ella.

Al mismo tiempo, el mayordomo y tres lacayos se atrevieron á salir del comedor en que estaban preparando la mesa, y acudieron asustados, medio muertos de miedo.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?—preguntaba la princesa.

De pronto exclamó:

—¡El príncipe, el príncipe! ¿Dónde está mi marido?

¿Por qué no está aquí?... Debe haber oído también como nosotros... ¡Ay, Dios mío! la detonación parece haber salido de su gabinete... Le debe haber ocurrido una desgracia... ¡Pronto, pronto, vengan ustedes conmigo!

Al decir esto, bajaba precipitadamente la escalera y llegaba á la puerta que daba acceso al despacho del príncipe.

Los criados la seguían, pero de lejos, como si no pudiesen correr tanto como ella. Uno de ellos, á pretexto de pedir socorro, se había escurrido.

La princesa, valerosamente, sin titubear, abrió la puerta.

Repentinamente retrocedió.

Una nube de humo y de vapores, un olor acre que salía por la puerta entreabierta, la sofocaba. No podía entrar: en el cuarto reinaba una profunda oscuridad.

—¡Aire, aire! ¡Abrid las ventanas!—gritó cuando recobró el uso de la palabra.—¡Luz!

Y como nadie se movía á su alrededor, prosiguió golpeando el suelo con el pie:

—¿Hacen ustedes el favor de ejecutar mis órdenes? Les planto en la calle si titubean.

Entonces únicamente pensaron en obedecer: la conocían, le tenían miedo.

Además, á los criados se acababan de agregar el suizo, los cocheros, los mozos de cuadra, menos asustados que los demás, porque, desde fuera del hotel, el estrépito había sido muchísimo menor.

Trajeron candelabros encendidos. Los cocheros tenían sus faroles.

célebre profesor de la Escuela de Medicina, á quien la princesa Sofía se había apresurado á llamar en cuanto recobró los sentidos. El sabio y el magistrado entraron en seguida en el despacho, en que no se había tocado nada y en que el príncipe seguía en el mismo sitio, sobre la alfombra ensangrentada.

El doctor se acercó, se bajó, sondeó con el dedo las heridas, auscultó el corazón y dijo:

—Ha muerto hace media hora instantáneamente.

—¿Una explosión, tal vez?—dijo el comisario.

M. X... respiró el aire, impregnado aún de los vapores que llenaban la habitación, y repuso:

—Sí, una explosión producida, á mi entender, por la dinamita.: Se respira aquí, á plenos pulmones, el ácido nítrico y el ácido sulfúrico, bases de la nitroglicerina que sirve para la composición de la dinamita.

—El príncipe, por lo visto, debía estar haciendo algún experimento químico, estudiando la sustancia peligrosa de que usted me habla, caballero... Se habrá acercado á la lumbre, á una luz y...

—No—contestó el sabio interrumpiéndole.—La dinamita, por efecto de su preparación y de su mezcla con una materia silícea, destinada á aislar las moléculas del líquido, se puede aproximar á la lumbre, y hasta puede arrojarse al fuego, sin causar accidente... Se quemaría lentamente, sin llama ni detonación... La explosión y sus efectos destructores, que son considerables y mucho más terribles que los de la pólvora, no pueden provocarse sino por un choque, de una cápsula fulminante, por ejemplo.

Mientras hablaba, el doctor miraba á su alrededor,

procurando enterarse de los destrozos causados en el despacho.

De pronto se detuvo para recoger un objeto con el que acababa de tropezar.

Le echó una ojeada y dijo, presentándosele al comisario de policía:

—Es un pedazo de bomba. No me había equivocado... La dinamita encerrada en un receptáculo de hierro, puesta en contacto con una cápsula, ha roto las paredes de su prisión, y los trozos de la bomba, lanzados en distintas direcciones, han herido mortalmente al príncipe, agujereado, derribado y rasgado todo cuanto encontraban á su paso. Mire usted, aquí hay otro pedazo... Otro se ha incrustado en ese mueble; se sacará.

—¿Entonces—repuso el comisario—supone usted, doctor, que el príncipe examinaba una bomba cargada de dinamita, que se le ha caído al suelo y que el choque ha prendido la cápsula fulminante?

—Pudiera ser, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el príncipe Lavisine, á quien tenía el honor de conocer muy bien, no se ocupaba ni de bombas ni de dinamita, y además era demasiado prudente para tener en su casa objetos tan terribles.

—Podía ignorar que esa bomba estuviese cargada—dijo el comisario...—Después del sitio de París han sobrevenido muchos accidentes con bombas que se suponían inofensivas.

—¡Buena! pero si el proyectil hubiera caído al suelo, la mitad inferior del cuerpo del príncipe habría si-

do de seguro destrozada. Mire usted... Por el contrario, las piernas y el abdomen están intactos... Únicamente la cabeza y el pecho han sido alcanzados.

Se detuvo, echó en derredor suyo una mirada segura y añadió:

—Mis observaciones y mis reflexiones no me permiten dudar lo más mínimo de lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido, caballero? Dispéñeme usted si me atrevo á interrogarle; pero me ha parecido reconocer en usted al sabio profesor M. X..., y la opinión de un hombre tan eminente es para mí de gran valor.

Sin hacer caso de aquel elogio, el sabio repuso:

—El príncipe Lavisine, siguiendo su costumbre, bajaría, mientras llegaba la hora de la comida, sentado frente á su mesa de despacho, alumbrada por la lámpara cuyos pedazos se ven por el suelo... De repente, una bomba ha debido caer sobre la mesa... Ha estallado instantáneamente y le ha matado.

—¿Dice usted que ha caído una bomba?... ¿Supone usted que ha habido un crimen?

—No supongo nada, caballero... Eso no es asunto mío... Como médico, me limito á hacer constar de qué manera ha podido ocurrir la muerte de mi cliente, sin deducir consecuencia alguna.

El magistrado no escuchaba ya: se había acercado vivamente á un balcón y lo examinaba con gran cuidado.

VII

El balcón daba á un jardinito de algunos metros, que separaba el hotel del parque de Monceaux. El magistrado pudo advertir en seguida que los dos cristales grandes estaban rajados de arriba á abajo, por efecto de una vibración violenta, de una gran conmoción.

Entonces se dirigió hacia el otro balcón, que estaba precisamente enfrente de la mesa del príncipe. Uno de los cristales estaba rajado del mismo modo que los demás, pero se notaba en el centro un gran agujero, producido sin duda alguna por el paso rápido de un cuerpo duro violentamente arrojado.

El comisario de policía sabía ya á qué atenerse, pero quería fortalecer su opinión con la del sabio á quien tenía por colaborador en aquel momento.

—Caballero—dijo volviéndose á acercarse á él,—agradeceré á usted infinito que me diga cuál puede ser, á su parecer, el tamaño de la bomba de que nos ocupamos.

El doctor X... reflexionó, examinó los diferentes pedazos de hierro que había recogido y contestó:

—Tendría, poco más ó menos, las dimensiones y la forma de un huevo de avestruz.

—Mil gracias. ¿Tiene usted ahora la bondad de echar una ojeada sobre este balcón?

Se aproximaron.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó el comisario, después de transcurrir bastante tiempo para que M. X... pudiera examinarlo.

—Me parece que es el agujero hecho por la bomba.

—Por consiguiente, ha debido ser arrojada desde fuera?

—Sí, desde el jardinillo que hay bajo estos balcones.

Y, echando una ojeada sobre el jardín, alumbrado por una luz de gas, añadió:

—Un hombre de brazo fuerte y de mano firme y segura ha podido arrojar ese proyectil desde uno de los paseos del parque, sin necesidad de pasar por la verja... que sólo dista del balcón unos seis metros escasos.

—Es cierto.

—Se podía también apuntar perfectamente... Vea usted las cortinillas de los cristales: están levantadas, y el príncipe, sentado delante de la mesa, tenía la cabeza y el pecho alumbrados por la lámpara.

—No obstante—dijo el comisario, después de haber abierto uno de los balcones,—la habitación tiene un metro de elevación sobre el piso del jardín, y la persona colocada por el otro lado de la verja no se hallaba á la misma altura.

—Ha podido estar. Bastaba con subirse sobre el zócalo de piedra que sirve de base á la verja... Si á esto se añade que aquella persona debió levantar el

brazo y que podía ser de elevada estatura, se obtiene justo la altura del agujero hecho en el cristal por la bomba.

—Así lo creo—dijo el comisario.

Reflexionó un instante y añadió:

—El crimen es evidente. Sólo se trata de encontrar al criminal.

Esto último disgustó al doctor X... No había tenido inconveniente en poner su ciencia, su perspicacia y su talento al servicio del que lo había solicitado, pero no le parecía bien que se le recordara que se había ocupado en asuntos de policía.

—Dejo á usted, caballero—dijo saludando.—Voy á visitar á la princesa. Tal vez necesite más cuidados.

En cuanto se marchó el doctor, el comisario se acercó á su secretario y le dictó el telegrama siguiente:

«Comisario del barrio de Europa al prefecto de policía:

»Asesinato del príncipe Lavisine, súbdito ruso, en su hotel, calle Murillo. Suplica envíen agentes.»

Ese telegrama fué entregado á uno de los guardias que la policía municipal manda inmediatamente á los sitios en que ocurren acontecimientos graves. Después el comisario dictó el parte siguiente:

«Habiéndome personado en la calle de Murillo, en que, según decían, acababa de ocurrir un accidente, me he visto precisado á reconocer que se trataba de un crimen... Una bomba cargada de dinamita ha sido arrojada desde el parque Monceau al gabinete del príncipe ruso Lavisine. El efecto ha sido terrible: el

»príncipe ha muerto en el acto. No puedo dar más detalles por ahora. Me quedo en el lugar del suceso y procedo á las averiguaciones.»

El comisario firmó y entregó esa carta á otro guardia para que la llevase sin demora al domicilio particular del procurador de la República.

VIII

Después de haber cumplido con ese deber, el comisario de policía continuó la indagatoria. Debía servir de base al sumario y guiar en sus pesquisas al juez instructor que la sala no dejaría de designar en la mañana del día siguiente.

Procediendo con orden, quiso empezar por completar las pruebas materiales, y con ese objeto bajó al jardinillo que había delante del hotel.

A pesar de un examen minucioso y de las linternas sordas que el guarda de servicio del parque Monceau puso á su disposición, no encontró señal alguna de pasos. Abrió luego una puertecita que daba acceso al parque y examinó el suelo, por el otro lado de la verja, en el jardín público.

En un óvalo de césped, sobre la tierra húmeda, se divertían, perfectamente claras, huellas de pasos. Se

los podía seguir hasta el zócalo de la verja, sobre el que se había subido el desconocido en el momento de arrojar la bomba, pues la piedra conservaba aún la señal de su calzado lleno de tierra y de césped.

Después de haber mandado que cubriesen aquellos huellas con paja y con tablas, para poder encontrarlas intactas al día siguiente, el comisario de policía volvió al hotel.

Iba á proceder á aquella parte de la indagatoria que se llama la información; iba á interrogar ligeramente, y sin exigir juramento, á las personas que pudieran ponerle sobre la pista.

Mandó, por de pronto, llamar á los guardas del parque Monceau. ¿Habían visto á algún individuo sospechoso rondar por los paseos alrededor del hotel Lavisine?

El primer guarda afirmó que, á eso de las siete de la noche, en el momento en que, según el reglamento, se iban á cerrar las verjas del parque, un hombre de elevada estatura, con el cuello del gabán levantado, había entrado de pronto en el jardín por la avenida Ruysdael y había torcido bruscamente á la izquierda en dirección al hotel.

Otro guarda declaró que acababa de cerrar la verja que da á la calle Rembrandt, cuando un caballero se presentó con ánimo de salir.

—¿Le ha abierto usted?—preguntó el comisario.

—No señor; no me lo pidió: se metió en seguida en el paseo circular y debió salir por la avenida Van Dyck, que no había cerrado aún.

—¿Era alto aquel individuo?

—Sí señor, de una estatura más que regular.

En aquel momento, tres agentes de policía, enviados por el servicio de seguridad, vinieron á ponerse á las órdenes del comisario. Este conoció inmediatamente á uno de ellos, inspector principal, y le dijo:

—¿Sabe usted de lo que se trata, Corbin? ¿No tiene usted nada que decirme?

—Dispésemse usted, señor comisario. En la calle de Courcelles y en la calle de Murillo, delante de la puerta del hotel, hay varias personas que pretenden haber visto rondar á un hombre que les pareció sospechoso.

—Bueno. Que entren esas personas.

El inspector obedeció y presentó á su jefe la vendedora de pasteles y juguetes de niños cuya tiendecita está situada en la avenida Van-Dyck, junto á la verja.

Algunos momentos después de la detonación había visto pasar por delante de ella á un hombre que parecía huir y cuyas señas correspondían exactamente con las indicaciones dadas por los guardas.

Después de la mujer vino un conductor de ómnibus. Se encontraba en el umbral de la puerta del despacho de los ómnibus, en el boulevard de Courcelles, núm. 98, cuando un hombre, muy agitado al parecer y que hablaba solo en voz alta, al andar había tropezado con él sin verle.

—Aquel hombre ¿era de gran estatura?

—De estatura regular.

—¿Está usted seguro de que no era muy alto?

—Muy alto, no... Alto, sí.

—¿Estaba bien vestido?

—Sí señor, era un caballero. No tenía mala facha.

—¿No tenía el cuello del gabán levantado?

—No, señor comisario, puesto que le he visto perfectamente la cara. En caso de necesidad, le conocería.

—¿Y, después de pasar delante de usted, continuó su camino hacia la avenida de Wagram?

—No señor, volvió á bajar el boulevard de Courcelles. Andaba por la acera de la verja del parque. Me pareció raro verle gesticular y le seguí un instante con la vista.

IX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA URBANA
"ALFONSO R. ..."
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

Otra declaración vino á confirmar la anterior y á darle más fuerza. Fué la del dueño de un establecimiento situado en la calle de Monceau, frente á la verja de la avenida Ruysdael, que es á un tiempo estanco, despacho de vinos y café con tres mesas de billar.

M. D... declaró que, á eso de las seis de la tarde, un hombre de unos cincuenta años, bastante alto, sencilla pero decentemente vestido, fué á sentarse en un

29738

rincón del café; parecía muy conmovido, muy agitado; pidió una copa de biter y con qué escribir.

—¿Escribió una carta?—preguntó el comisario.

—Sí señor, y la mandó con uno de mis criados.

—¿Adónde?

—Aquí, caballero, á este hotel.

—¿Cómo! ¿La carta estaba dirigida á alguien del hotel?

—Al mismo dueño, caballero... Al príncipe Lavisine. Miré el sobre antes de dar permiso al mozo para que llevara la carta. No quería yo que estuviese fuera mucho tiempo.

—Y, después de haber llevado la carta, ¿volvió el mozo en seguida?

—No; esperó un rato la contestación, pero fué inútil: el príncipe mandó decir: «No hay contestación; que me dejen en paz.»

—¿Repitieron esas palabras á su parroquiano de usted?

—Sí, señor comisario.

—¿Permaneció después un rato en el café?

—Sí, media hora larga. Parecía muy agitado, hablaba solo.

—¿Podría usted decirme hacia donde se dirigió?

—No señor. Estaba yo en la cueva.

—¿Nadie le vió salir?

—Nadie. Lo he preguntado al mozo, á la señora que está en el mostrador y á varios parroquianos.

—¿No ha hecho usted ninguna otra observación mientras que ese individuo estaba en el café?

—No señor, ninguna.

—¿No ha notado usted, por ejemplo, si uno de sus bolsillos abultaba más que los demás, si tenía oculto algún objeto voluminoso?

—Espere usted... sí, me parece que el bolsillo del gabán estaba abultado... Llevaba hacia él la mano con frecuencia...

—¿Está usted seguro?

—Sí, caballero, sí, ahora estoy seguro.

Después de haber despedido á este testigo, el comisario de policía recorrió las notas que había dictado á su secretario durante su interrogatorio.

Le confirmaron en la idea de que las diversas declaraciones recogidas hasta entonces se completaban unas á otras. Sólo se diferenciaban en dos puntos: un cuello de gabán levantado ó bajado, lo que nada probaba, y una cuestión de estatura: para unos el desconocido era muy alto, para otros únicamente de regular altura: asunto de apreciación. Todo lo demás se relacionaba con el mismo individuo, á quien se podía seguir paso á paso desde el momento de su llegada al arrio hasta el de su fuga.

Entra á eso de las seis en el café. Escribe una carta, la manda llevar al príncipe Lavisine y espera febrilmente la contestación. La contestación es desfavorable. Su agitación, anteriormente notada, aumenta... La ira se apodera de él... Se decide á poner en ejecución el proyecto formado hace ya tiempo.

Sale del café, toma la avenida Ruysdael, entra en el parque á las siete menos cinco y pasa por delante del primer guarda, que repara en él.

Es la hora de cerrar las puertas: el jardín está de-

sierto; nadie le sigue, nadie le ve, y llega enfrente de la parte del hotel Lavisine que da al parque.

En seguida atraviesa rápidamente el césped que le separa del jardinillo, se sube sobre el zócalo de la verja, ve al príncipe sentado en su mesa, con el rostro alumbrado por la lámpara. Sin titubear coge el proyectil que lleva consigo y lo arroja violentamente.

Después de consumado el crimen, huye; procura salir por la calle Rembrandt, encuentra cerrada la puerta, llega á la avenida Van-Dyck, pasa por delante de la vendedora de juguetes, atraviesa la calle, sin duda con intención de ir al faubourg; tropieza con el conductor de ómnibus; luego, cambiando de itinerario por cualquier razón, tal vez por creer que podrá ocultarse mejor en el interior de París, llega al boulevard de Courcelles, y desaparece.

Todo esto apareció con claridad á los ojos del comisario de policía. Pero ¿quién era aquel individuo? ¿Quién era aquel asesino? La carta que recibió el príncipe Lavisine podría tal vez dar la solución de este problema.

X

—¿No le han entregado á usted esta tarde, á las seis y media, una carta urgente para su amo?—preguntó el comisario al suizo del hotel, á quien había mandado llamar.

—Sí señor. La trajo el mozo de un café próximo.

—¿A quién se la dió usted?

—Al ayuda de cámara del príncipe.

—Dígale usted que venga.

Transcurrieron algunos segundos: el ayuda de cámara se presentó; el comisario le dirigió esta pregunta:

—¿Entregó usted inmediatamente á su amo la carta que el suizo le dió esta tarde?

—Sí señor, inmediatamente.

—¿Dónde estaba entonces el príncipe?

—Aquí, caballero, en su despacho.

—¿Leyó aquella carta delante de usted?

—No hizo más que recorrerla, después de haber mirado la firma.

—¿Y qué hizo con ella?

—La arrugó y la echó en el cesto que había junto á la mesa, y que no veo ahora.